

GENNUSO, Esteban Daniel (Pepo).

29 años. Sacerdote Diocesano, Diócesis de Azul.
Formador del Seminario Ntra. Sra. Del Rosario-

El olvido de Noé

Cuando la luz iluminó su rostro, supo que había despertado. Algo en él le generaba un gran malestar, sin dudas había dormido mal. Fue entonces que recordó el motivo: aquel mandato. ¿Cómo no dormiría mal el hijo de Matusalém, si se le había anunciado la destrucción del mundo? ¿Cómo no se angustiaría un pastor de ovejas al que se le anunciaba un temporal capaz de arrasar todo lo que él llamaba «mi mundo»? Mientras se acomodaba el pelo y erguía de su lecho, Noé se exigió ser fiel. Le había dado su palabra al Señor y, para él, eso era suficiente.

Durante todo el día se fue preguntando como llevaría a cabo semejante tarea. Es cierto, en su mente se amontonaban demasiadas dificultades. Y, aunque pareciera mentira, justamente eso le daba paz. Sucedió así: llegaba un pensamiento, por ejemplo, la construcción de un transporte capaz de albergar tantísimos animales y cuando semejante tarea estaba a punto de derrumbarlo, otro pensamiento igual de fuerte le acometía y maravillosamente lo levantaba. Así, un círculo continuo de problemas lo aquejaba. La construcción, encontrar los animales, dejar a los conocidos, convencer a la familia, no saber el tiempo que eso llevaría, comenzar todo de nuevo... en fin. ¡Pobre Noé, en la que se había metido!

Fue a media tarde, cuando, sin embargo, llegó el pensamiento que le devolvió la paz y cambió su semblante. Su esposa le había hecho notar eso: «ahora se te ve feliz, Noé». Estaba trayendo las ovejas, juntándolas, cuando una vez más, descubrió faltante. Dos corderos pequeños, los hijos mellizos de la legendaria oveja Pome. Esa oveja era especial para él. Fue la primera cordera que había criado, con esmero y entusiasmo. Parecían siglos de aquel día en que la encontró con la pata lastimada, un lobo había intentado llevársela, pero sin saber Noé por qué, la había dejado abandonada, pero lastimada. Fue entonces cuando su padre se la regaló: «si sobrevive, es tuya», le dijo. Muchos años llevaba ya esa oveja con él. Cada año, como desafiando un destino que podría haber sido adverso, Pome le daba mellizos. Y eran crías que – al menos a los ojos de Noé – eran notablemente mejores que los de todas las otras ovejas. Por eso le dolió descubrir que esta vez, los faltantes eran los hijos de Pome. Jamás había pasado. Noé decía que ella defendía a sus crías como ninguna.

Los buscó durante un rato, hasta que al fin halló lo peor. Unos trozos de cueros ensangrentados y una pata con notables señales de colmillos. Los lobos, esta vez sí, le habían ganado a la legendaria oveja. Es notable como lo cotidiano le gana a lo épico. Esa pérdida fue para Noé más grande que todas las preocupaciones acerca del Arca y del diluvio. Parecía que ahora sí lo destruiría... Pero entonces llegó aquel pensamiento. Fue de Dios, no había duda. Solo el Altísimo podría enviarle semejante consuelo en un momento tan nefasto y oscuro. Solo Él era capaz de mostrar el camino en semejante dificultad.

«Tiene los días contados» dijo Noé. Y lo gritó, por si ellos lo oían: «¡¡¡Tienen los días contados!!!». Eso fue suficiente para cambiarle el semblante, alegrarle el día e

iluminar todos los proyectos. Regresó al campamento silbando, gozoso y feliz. Los lobos no iban a sobrevivir. El diluvio los arrasaría para siempre y definitivamente sus rivales, aquellos que le acechaban desde siempre (al menos eso pensaba Noé, puesto los recordaba desde niño) serían finalmente vencidos. ¡Un rebaño sin lobos que acechen! Esa fue la síntesis de Noé. Tendría, luego del Diluvio, el rebaño más seguro de la historia. Poco importaban los parásitos, ni otras plagas. Ya no habría lobos. Ni siquiera la repetida torpeza de las ovejas – que en realidad era causa más frecuente de muerte que los lobos – le importaban. Solo soñar un mundo sin lobos le fue suficiente.

Los días siguientes fueron de éxito y triunfo. No importó el cuchicheo de los vecinos (ni siquiera que alguno le llamara loco) ni las dificultades que tuvo con la madera y sus complicaciones. La vida a Noé le sonreía. Y todo por los lobos. Mejor dicho, por el destino inminente de los lobos. Es más, como si ellos también se hubiera enterado al fin, esos días no atacaron más. Cada noche al acostarse – antes de ello – Noé elevaba sus plegarias al Señor y agradecía por todo lo que avanzaba. Y con sutileza, pero firmemente repetía: «Tienen los días contados. Gracias, Señor.»

¿Qué podía faltar? Todo estaba listo hacía al menos una semana. Los animales cargados, su familia en el arca. Todo estaba hecho como el Altísimo lo había ordenado, pero la cosa no sucedía. Es verdad que a Noé nunca le había interesado la opinión de los vecinos. Pero haber construido una mole semejante y cargarla, para estar viviendo semejante sequía, digamos que le empezaba a inquietar. ¿Se habría equivocado de tiempo? ¿No habría entendido mal? Poco a poco la inseguridad empezó a ganar su corazón. Y una preguntaba resonaba: ¿por qué no llegaban las lluvias?

Noé se esforzó por recordar. Todo estaba bien. Excepto que el agua se atrasaba. Al menos Dios no había acertado en eso. O él había oído mal. Cuando los días siguieron avanzando, Noé comenzó a insistir. Probó con ruegos, luego súplicas, hasta que al fin fueron gritos al Altísimo. El clima en el Arca no era el mejor.

El día veintitrés, ya estaba acostado y entonces sucedió. La voz lo llamó como otras veces: «Noé, Noé...». Se pudo de pie inmediatamente, encendió una luz. Y aclaró su voz, para decir: «aquí estoy, Señor...». Entonces Dios continuó, «Noé, ¿pasa algo?». La pregunta lo descolocó, pero como amaba a Dios fue sincero, pensó que menos era más y fue al grano: «Señor, hice todo lo que me pediste, pero el agua no llega... y yo pensaba que quizás... no sé, ¿algo cambió?». «No, Noé, todo sigue igual.» respondió el Señor con calma. Noé avanzó entonces: «¿Pero qué pasa entonces?». «Pasa que te estoy esperando, Noé.» Esta respuesta fue un baldazo para él. Se sintió avergonzado, pero a la vez, no comprendía. ¡Si lo había hecho todo! «¿Esperándome? Señor, creo que hice todo cuanto me pediste... ¿por qué me tendrías que esperar?». Pero Dios no contestó esa noche.

La angustia lo tuvo todo el día al acecho. ¿Qué le faltaba? ¿Qué se había olvidado? Se sabía falible, sin embargo, en esta tarea había puesto lo mejor de sí y sabía que nada le faltaba. A la noche, entonces, regresó con la oración: «Señor, por favor, ayúdame.

No sé en qué dices que debes esperarme.» Noé oyó como Dios se reía, «Noé, te has olvidado de algo. ¿No lo notas?». La cosa iba en serio, el error era suyo. ¿Pero de qué se trataba? «Señor, no quiero ser irrespetuoso, pero, ¿yo olvidarme? ¿de qué?». Entonces la luz lo envolvió con la misma fuerza de la primera locución. Y Noé comprendió su olvido.

Mientras caminaba por la montaña, ofuscado y rabioso, pero con su obediencia de siempre, Noé iba recordando las palabras de Dios: «Te olvidaste que eres siervo y no dueño. Te olvidaste que ser rey es cuidar y velar por todo y todos. Te olvidaste que fuiste elegido como ministro de un *transporte* que debe ser casa y guarida. Te olvidaste que te elegí como alumbrador del nuevo mundo que voy a recrear tras la masacre y la destrucción que se avecina.» Fue entonces que los vio. No estaban lejos. Pero lo peor de todo, pensaba mientras se acercaba, era que lo estaban esperando. «Noé – siguió diciendo su recuerdo –, te olvidaste de los lobos».

Este texto surge en formato narrativo iluminado por este párrafo:

¿Qué significa ser rey de la creación en la Biblia? Es una antropización de la naturaleza, no su destrucción. El mandato es ser como Salomón, no como Herodes. [...] Tiene que ver con la orden dada a Noé, de preservar la vida en medio de la destrucción. Dios encarga a Noé, pastor de ovejas, que salve también a los lobos. Y podemos imaginar la enorme angustia de este pastor que, por única vez tiene la oportunidad de eliminar para siempre los lobos, pero recibe la orden de salvarlos.

Ésta, nuestra única tierra, pág. 47

Autor: Antonio E. Brailovsky

Creo que la idea de Brailovsky, que él emplea para la ecología, y que intenté plasmar en ese pequeño relato, nos acerca a una idea fundamental: respetar el tiempo y los planes de Dios. Además, me parece muy iluminador en la idea del humor de Dios.

¡Cuántas personas son como los lobos en nuestra vida! O en la Iglesia, o ciertos pecados en nuestras vida... y Dios nos dice: «no te olvides de los lobos».